

BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO

LA PURPURA DE LA TRAIÇION

SUPLICIOS DEL

GRAN TRIBUNAL

Ó LOS



MAUCCI H^{OS} MEXICO

*** * * BIBLIOTECA DEL NIÑO MEXICANO * * ***
Tercera serie.—Después de la Conquista

La púrpura de la Traición

ó

LOS SUPPLICIOS DEL GRAN TRIBUNAL

POR

HERIBERTO FRIAS



MÉXICO

Maucci Hermanos.—Primera del Relox, 1

1900

Propiedad exclusiva de los señores Maucci Hermanos.



MEXICO

HERMANOS MAUCCI

1900



La púrpura de la traición

Para colmo de males y de abominaciones, se apareció al fin en aquella Nueva España donde había ya tantas riquezas de conquistadores que las habían dejado á sus hijos y nietos y éstos á los suyos, creciendo, creciendo siempre, se habían presentado con todo su formidable cortejo:

¡La Inquisición!...

¡Oh!... Sí... lo hemos explicado otras veces á nuestros constantes amigos que leen estos

cuadritos, que son viejos retratos y espejos de aumento y fantasía de pasadas épocas. bien lo hemos dicho... La Inquisición, nunca como hija de la Madre España... ¡Y qué severa y qué formidable siguió y se tuvo que manifestar!...

Iban y venían los virreyes, y contra éstos se alzaban los príncipes engrandecidos y los ricos en «comenderos» que vivían de los indios esclavizados... ¡Todo era confusión!

¡Y qué cosa más terrible, que en un abominable verdugo contemplar las angustias del más grande de los tormentos!... ¡Ver á los inquisidores perseguidos!

¡Qué mayor infortunio que contemplar en un cuerpo de cruelísimo perseguidor, todos los sufrimientos de la abominable hechura de los subterráneos del demonio!... Es decir, los del llamado Santo Oficio!... ¡Y así pasó!... Así.

Imaginaos, amiguitos míos, al siniestro Caín... al abominable hijo del Horror y del Odio, cual si estuviera amamantado por la irascible Envidia.. ¡Oh, sí... imaginaos tan feroz espectáculo y temblad!...

¡Temblad, amiguitos. temblad!...

Las glorias de' infierno prosiguen en continuar las abominables prácticas... y los sacrificadores se reúnen en sesiones tenebrosísimas para resolver acerca de sus planes contra los enemigos que tenían...



¡La Inquisición había llegado á México!...

Esto se decían todos los habitantes de la «Nueva España», murmurando en silencio frases sardónicas y siniestras palabras en que se creía que ya se aproximaba el último instante de la vida de México!



Escuchad la relación de un sueño:

Surgió un anciano... y otro...

—¡Las atrocidades de los jefes de indios, las villanías de los encomendadores que viven con las lágrimas y el sudor de millones de indios, toda la roja tinta de los que escriben su historia con su misma sangre!... Todas esas infamias y esas barbaries están pidiendo venganza!...

—¡Oh, sí... Consuelo... venganza, amor... fraternidad!... ¡Una nación de buenos hijos y de amados fieles siervos y de constantes y robustos súbditos!...

—¡Silencio!...

—¡Silencio!...

—¡Oh, no! ¡Seguid... seguid!

—¡Que calle el extraviado!

—¡Que hable más aún el inspirado por el Espíritu del Señor!

En este momento hubo una tempestad de



voces que no hubieran hecho posible el oírse de unos y otros en el vasto salón donde se encontraban allá sobre la ciudad de México...

Pero entre tal disturbio, apenas llegada la

primera etapa de la calma, volvieron á surgir poderosos y terribles los gritos que henchían el ambiente en un huracán, que amenazaba serias catástrofes.

— Por fin ¿qué quieres?... decid.

Así rugió una voz potente allá en el fondo de la sala que se encontraba en el centro de la plaza Mayor...



¡Qué terrible, qué hondo, qué poderoso ente lleno de reprensión estalló en el acento de aquella voz tremenda, de aquella fragorosa voz que rugió, rugió!...

¡Por fin!... ¡Oh, por fin!... ¿Qué queréis?... ¿Qué es lo que queréis?...

Después de... después... cuentan las consejas antiguas; refieren los episodios de aquellos años que se sintió una gran conmoción...

¿Qué pasaba?... ¿Qué sucedería en la aglomeración de seres que se agrupaban para pedir buen gobierno, conciliación y sobre todo y ante todo... paz?

¡Sucedió, amiguitos, que la historia de siempre se consumió como siempre!... Fueron perseguidos los que pedían justicia!

¡Los quemaron!...

—¿Cómo?... ¿Cómo, preguntáis?

¡La traición lo hizo todo!...

—¡Con la traición que proseguía!...

¡El siniestro sueño y la amargura, continuaban en verdad!

El alma que soñaba, veía, ¡oh, amiguitos míos, procurad comprender el enigma de las frases que pronunciaron los amantes de los que sufrían pensando en la idea sublime. El alma soñaba en la libertad... la libertad de lo que entonces se llamaba la Nueva España...

¡Por eso eran en aquellos espíritus soñadores, amantes de ideas raras, extrañas, poderosamente creadas para el ensueño de la libertad, aunque en aquella época dolorosa no se anunciaba todavía en su pleno poder lo que debiera constituir la aurora, el alba de regeneración y de vida... ¡Ah! sí; por eso era que en aquellas almas ansiosas y buenas, sencillas y grandes; por eso era que pasaban constantemente cuadros primorosos en los que pasaban los españoles y mexicanos de México, creyendo que debería ser y era ya, por fin, la era de la Justicia, del Amor y de la Felicidad por vías de caridades y de podero ísimos ejercicios

de fe, abundante también en muy risueñas perspectivas!...

Sí... en aquella época de la Nueva España, que es ahora y había sido siempre nuestro



querido «México», los espíritus se conformaban con divagaciones... siempre que los cuerpos no estuviesen en perpetuas contiendas... ¡Hasta que hubo de llegar la alarma de la muy Santa Inquisición!...

¡Oh! ¡el Tribunal del Santo Oficio!...



Por fin. ¿á dónde fueron las divagaciones primeras?

¡Nadie lo supo!.. ¡Y no obstante, ¡ay! nó obstante, algún día habría de saberse á dónde había ido... á dónde iría!..

¡Pobre y triste sociedad «criolla!»...

¡Era la que más se empezó á estremecer con las primeras amenazas de la Inquisición!...

Y de ella iba á surgir el Mundo de la Libertad!...

¿De la «libertad»?...

—¿De la «libertad»? ¿De la «libertad»?...

¿Cómo, cómo?... ¿Quién había pronunciado primero aquella palabra? ¿Quién había sido el menguado de dictar las sombrías y al mismo tiempo soberbiamente deslumbrantes letras de la frase poema?...

Cuentan que una voz misteriosísima allá en noche obscura en los claustros miserables de los primeros inquisidores, hizo tronar la palabra:

¡Libertad!...

Y cuentan que desde entonces muy pocos fueron los que se arrojaron al atrevimiento de pronunciar la palabrota. hasta que... años, siglos más tarde incendiaría, iluminando todo un mundo...

Todos estos cuadros de horrores fantásticos, vagos, confusos y envueltos en tinieblas de sangre, que quise evocar para que lentamente principiara á distinguirse en el ánimo de mis lectores siempre, amiguitos, y ahora más que nunca porque llegamos al capítulo de los anatemas contra los poderosos que hicieron llagas dolorosas y eternas... Sí, por eso con placer evocando tan siniestras espectaciones vienen para pintar aún más duro y fuerte, áspero y rojo el cataclismo de dolor y muerte que son el engendro de la Grande Inquisición!

—¡Y maldita, maldita, maldita cien veces por tres ó tres veces por cien!—amigo y buen caminante que pasas... Mas... ¡ay! de tí... ¡Miserable! ¡oh, miserable del que no entone el cántico de los difuntos allá en las tierras del Sur...

y cinto que pasó al centro cuando la Inquisición se llegó á la capital de la Nueva España!

¡Oh! frailes, amigos á veces de los infortunios; de los pobres indios; vosotros, que tanto tiempo fuisteis sus amigos luchando contra tantos y tantos enemigos, vosotros supisteis como fué naciendo pura y fuerte, llena de vida la blanca y noble inspiración de los que aun no temían á la Santa Inquisición!...

¡Oh! Sí; vosotros, los adalides; de la Nueva España, que no lucisteis ambiciones; vosotros, los humildes, los que de veras tuvisteis pláticas con los indios, os acordaréis de cómo apareció el «Horrendo Tribunal del Santo Oficio»!...

¡Oh, la Inquisición!

Pero después de tanta consideración melancólica, en la que sólo quiero explorar el ánimo fatigado y el de mis lectorcitos pacientes, llegué hasta olvidarme de aquello.

La Inquisición prosiguió con furia las luchas contra lo que llamaba la heregía, y entre tanta batalla fué cuando lanzóse aquel mismo himno, eco de libertad y anhelo de justicia...

¡Quién sabe qué vagabundo y pobre diablillo de estudiante que era afecto á tener grandísimos pensamientos y expresarlos en versos chiquitines, los expresó así:

—¡«Dob'a á muerte, corazón,
que aunque á tí nada te vicia.
triunfará la sinrazón
al lado de la codicia.
Te acusará de traición
la que con el nombre oficia
de la Santa Inquisició !

*
* *

Y con estos versos que cantaban en la muy heroica ciudad de México los atrevidos que



desafiaban á las justicias de S. M. el Rey de España; se volvió á encontrar la Nueva España

en el antiguo día, como cuando allá después de la conquista se acuchillaban los gobernantes, oidores y capitanes, eusangrentando el eterno y sucio arroyo de las feas calles de México...

*
* *

Allá en la obscuridad de sus noches, en pleno abandono y miseria, el crimen velaba al lado de la miseria...

¡Ay! los criminales peores, los asesinos políticos bien pagados, podrían vivir no sólo tranquilos, sino considerados y opulentos, ínobles!

Pero los que meditaban en la libertad y la honra de la patria!...

¡Para éstos la Inquisición... el formidable Tribunal!

Sus ejecuciones secretas son horrorosas y curiosísimas por lo terribles y horrendas, y sus ejecuciones públicas eran de un aparato que

hacía enloquecer á las multitudes hasta el pánico!...

¡Sangre y fuego!... Lectores míos, sed, tortura, hambre, frío. pavor y retorcimientos de miembros... y todo, amigos míos. delante del pueblo que contemplaba sombrío aquellas crueldades!...

¡Maldita, eternamente maldita Inquisición!

FIN